

por temperamento, reservado por naturaleza, que se abandona por sorpresa, por un instante, siempre presto á hacerse dueño de sí, al instante inmediato.

Diana procura, sin cesar, vencer las resistencias opuestas á su pasión, y la lucha eterna que sostiene y que vuelve á comenzar cada día, renueva, por así decirlo, su amor, y le da un vigor, una juventud sin cesar renacientes y una especie de acritud que saborea con voluptuosidad.

Si de la alcoba pasamos al salón, la imaginación de Diana encuentra todavía nuevos alicientes.

Luciano, gracias á su posición presente, al porvenir que todo el mundo conviene en augurarle, á su manera de cautivar la atención, á sus conocimientos reales sobre todas las cosas y, en fin, á su buen físico, posee todas las cualidades á propósito para seducir el espíritu de una mujer y á exaltarla de cascos, según la expresión vulgar, pero exacta.

Así pues, Diana está más enamorada que nunca de Luciano.

Y éste ¿la ama tanto como antes?

Su frialdad, su reserva para con ella ¿estriban solo en su carácter, ó provienen de alguna causa incógnita?

Las dos hipótesis pueden admitirse igualmente.

Existen algunos hombres, hombres de estudio en su mayoría, cuya última palabra no pueden obtener las mujeres más curiosas y más sabias, por más que se empeñen inútilmente toda su vida en descifrarla.

Gracias á un temperamento particular, estos hombres permanecen simples espectadores del desorden de los sentidos que han provocado.

Si, vencidos por la naturaleza, pierden por un momento su sangre fría, hanla recobrado ya, cuando todavía su *partenaire* se encuentra todavía en plena efervescencia.

Entonces parecen á esos sujetos que beben solo agua en un festín donde, todo el mundo se embriaga; en breve no com-

prenden ya nada de la conversación; no se hallan en el mismo diapason que el resto de los comensales y estos les hacen el mismo efecto, que un enjambre de locos hablando para no decirse nada, y agitándose en el vacío.

Quisieran levantarse de la mesa y partir, pero la buena educación se lo prohíbe, y permanecen en su sitio hasta el fin de la comida.

En amor, Luciano había bebido siempre agua, y Diana, vino á vasos llenos.

Aquel no tenía ya ganas de beber, cuando ésta ni siquiera empezaba á refrescar su sed.

Hed aquí, pues, la contestación á la primera hipótesis.

La reserva y la frialdad de Luciano nacen de su misma naturaleza.

Empero ¿provienen también de una causa desconocida, y cuál es esta?

Difícil es de explicar, fácil de concebir, y nosotros la hemos dejado adivinar ya.

Diana pertenece á esa clase de mujeres tan naturalmente espertas en materia de amor, que las grandes cortesanas de la antigüedad, las Lais, las Phrynes y las hetarias de todos rangos parecen haberles legado su ciencia.

Nadie las ha enseñado nada, y por instinto lo han adivinado todo.

Lo que atemorizaria á un sinnúmero de pudores, les parece lo más natural del mundo, y son inconscientes de su libertinaje.

Si las tales mujeres encuentran un amante joven, vigoroso, ardiente, á quien una mirada basta para enardecer, no tardan en volver á entrar en el sendero recto, permaneciendo en él con placer y sin desviarse jamás.

Si, al contrario, tienen que habérselas con una naturaleza difícil de conmover, lánzase al momento en los senderos descarriados.

Hemos visto ya á Diana recorrer estas vias en la Sauviniere, y á su esposo seguirla en ellas con ahinco.

Empero, si bien la ciencia de que hablamos surte su efecto en algunos hombres, no tiene en cambio ninguna probabilidad de éxito en otros.

Una ciencia tal empieza asombrándoles, escita su curiosidad y llega hasta á hechizarles por su novedad irritante.

Pronto, empero, les repugna y les espanta.

Su honestidad padece al verse en lucha con esas escentricidades, con esas estrañezas, que vienen á ser para ella una especie de espantajo que su conciencia desapruueba y anatematiza.

Tal sentimiento es el que no debia tardar Luciano en experimentar.

A un mismo tiempo, Diana iba perdiendo á sus ojos su prestigio de mujer casada y de mujer legítima.

Si una querida puede dispensarse de inspirar respeto, la esposa debe, al contrario, pretender á él, y ciertos recuerdos malsanos lo hacen imposible.

En una palabra:

Luciano d'Aubier, al casarse con la señora de Sery, habia creído encontrar una compañera digna de ser iniciada en sus trabajos y de compartir con él la carga de la vida; habia soñado una amiga inteligente, que fuese mujer solo á ciertas horas y supiese, á veces, complacerse en cosas del espíritu.

Sus esperanzas salieron fallidas.

En vez de esposa, habia encontrado una querida, querida perfecta, pero perfecta hasta la exageracion, pensando sin cesar en su amor y en los medios de satisfacerle, exigente, tenaz, celosa en extremo, celosa hasta de las ocupaciones de Luciano que la alejaban de ella, siempre presta á olvidar que á ciertos trabajadores les son indispensables grandes cuidados y el reposo material y moral, aportando, en una palabra, al cabo de dos años de matrimonio, en sus relaciones con su marido, un

ardor tanto mas vivo, cuanto que nunca se veia saciado, y que encontraba nuevos alimentos en la resistencia constante que se le oponia.

Esta situacion recíproca acarrea ya, desde hacia algún tiempo, querellas cada dia mas frecuentes.

Luciano no daba motivo á cargo alguno grave y fácil de formular; empero, reproducianse continuamente reproches por el estilo:

«¡Tú ya no me amas, á mí que te amo tan ardientemente, á mí, que soy capaz de todo por tí, á mí, que tantos sacrificios te tengo hechos!»

Él no atribuía la menor importancia á tales frases inscritas en el repertorio de todas las mujeres no comprendidas ó abandonadas, y ni siquiera pretendia saber cuales eran los innumerables sacrificios á que aludia Diana; pero, impacientábase y se irritaba al oír eternamente el mismo estribillo.

Á veces, con el fin de evitárselo y de bien merecer de Diana, dejaba á un lado sus legajos, renunciaba durante toda una velada á sus tareas, echaba lejos de sí su toga de magistrado, enjaretábase el frac del amante, golpeábase los flancos para encontrar un viejo resto de ardor y se entregaba, atado de piés y manos, á la desordenada pasión de su mujer.

«Vamos al sacrificio,» decia para sus adentros, sonriendo por defuera.

Pero, en vano se inmolaba.

El sacrificador adivinaba la inmolacion, donde hubiera querido encontrar la iniciativa, y se encolerizaba mas y mas.

En cuanto á la blanda víctima que se habia dejado degollar en el ara del deber, permanecia largo tiempo, despues de su resurreccion, bajo la penosa impresion de su sacrificio y tenia sed, para reponerse, de reposo, de calma y sobre todo de castidad.

No se sabe cuan ávidas están de todas estas cosas ciertas

naturalezas extraviadas en el vicio, cuan poderoso es el deseo de hacerse ermitaño al despertar de una orgía, cuan santo horror se siente contra los que á ella arrastraron!

Este deseo de castidad debia naturalmente inducir á Luciano á volver la vista á su pasado y á preguntarse si no habia cometido una solemne falta el dia en que, no teniendo en cuenta ninguno de los consejos de su madre, contrajo matrimonio con la señora de Sery, prefiriéndola á la señorita María de Rioux.

No podia dispensarse de pensar á menudo en esta jóven tan reservada, tan casta y pura, que le habia amado y que tal vez le amaba aun.

¡Cuánta distancia no la separaba de Diana!

Una era, por decirlo así, la viva antítesis de la otra, y Luciano se complacia en llevar su pensamiento á la antigua protegida de su madre, y en refugiarse, en cierto modo, en su recuerdo.

¿Qué habia sido de ella?

¿Dónde moraba en la actualidad?

Lo ignoraba.

Sabia únicamente que la preciosa jóven habia perdido á su buen tío, á su solo protector y que se habia casado, de repente, algunos meses despues, con un capitán de fragata.

Un dia volvió Luciano á encontrarla.

La señora de Sery, como sabemos, en el momento de ir á celebrarse su matrimonio y temiendo un escándalo, habia dejado continuar á Lamí ejerciendo sus funciones de administrador en la Sauviniere, comprometiéndose á ir de vez en cuando á encantar, con su presencia, la soledad de su intendente.

Cumplió su promesa, sin tropezar con ninguna dificultad material.

Habiendo dejado Luciano, por delicadeza, á Diana la administracion de su fortuna, natural era que esta fuese á menudo

á la Sauviniere, donde radicaba la mayor parte de sus propiedades.

Apenas si d'Aubier conocia la existencia de Lamí.

Verdad es que le habian hablado de un intendente que la señora de Sery heredara de su primer marido; pero érale la noticia tan indiferente, como si se tratara de un sirviente ordinario.

Quizá, si le hubiese visto, si hubiese notado su juventud y sus prendas físicas, habríanle escamado los frecuentes viajes de Diana, y se hubiera permitido, no sospechas (jamás él habria hecho á su mujer la injusticia de suponer que coqueteaba con un patán por el estilo) sino consejos amistosos sobre la necesidad de no dar pié á calumnias.

Pero Lamí nunca se habia presentado en casa de Aubier, y ni siquiera en Nantes; y en cuanto á Luciano, no creia aun llegado el momento de dirigirse á la Sauviniere.

Un hombre muere;

Otro, que amaba á su mujer, se casa con ella, sin escrúpulos.

Mas se emplean en tomar posesion de la fortuna que ha dejado.

Vacilase, sobre todo, cuando se tiene un alma delicada, en venir á habitar la mansion donde el primer marido ha muerto, y que todavía está llena de su reinado y de sus pasados amores.

Diana, sin dar origen á la menor sospecha, habia sido, pues, enteramente libre de dirigirse á la Sauviniere, tan á menudo como se le antojaba.

Pero ¡fenómeno notable!

Habia usado mas latamente de esta libertad durante los dos primeros años de su matrimonio, que en la actualidad.

Entonces era feliz, y, desprovista de todo sentido moral, encontraba naturalísimo el hacer felices.

Por lo que atañe á los remordimientos que su infidelidad hubiera podido despertar, apresurábase á sufocarlos, diciéndose

que si engañaba á Luciano, era solo con objeto de asegurarle la ventura y el reposo.

Si habia podido casarse con él ¿no fue gracias á la especie de concurso tácito, antaño prestado por Lamí y á las concesiones que habian sido su recompensa?

¿Por qué no confesarlo, por otra parte, toda vez que nos hemos impuesto la mision de analizar todos los extravíos de un espíritu enfermizo, de un alma gangrenada?

La imaginacion de Diana encontraba un goce en la traicion á que se entregaba.

Para esta mujer, en quien el amor era la única meta, el único móvil de la vida, habia un sabor particular en la division que hacia así de su persona.

¡Los dos priverligiados tenian tan diferentes naturalezas, y ofrecian tales contrastes!

Todas las satisfacciones que faltaban en Luciano, Diana las encontraba junto á Lamí.

Lamí completaba, en cierto modo, á su marido.

Si el comedimento, la reserva del primero, la habian enervado desmesuradamente, consolábase con la idea de encontrar un apaciguamiento en brazos del segundo.

Y cuando, despues de un dia pasado en la Sauviniere, regresaba calmada y recogida, sentada en el puente del vapor que remontaba el Loire, acontecíale sonreir voluptuosamente á la idea de las nuevas escitaciones, de los nuevos estimulantes que la esperaban al regreso.

Mas de un año trascurrió de esta suerte, y Lamí hubiera hecho muy mal en quejarse.

Hecho ya el verdadero propietario de la Sauviniere, obraba como amo, con esa falta de tacto natural en un advenedizo, no temiendo ocupar la antigua habitacion del señor de Sery y recibir allí á los arrendadores y á los proveedores.

Su amor, al mismo tiempo, saboreaba todas las satisfacciones deseables.

Dos ó tres veces al mes, y á menudo mas reiteradamente durante el verano, una mujer bellísima y elegante se apeaba á la puerta del castillo, franqueaba la escalinata y, só pretesto de revisar cuentas, de firmar contratos de arriendo, de liquidar asuntos de interés, permanecia encerrada várias horas á solas con su intendente.

Éste, sin embargo, no se conceptuaba bastante feliz.

Encontraba la visitas de Diana demasiado raras y querellábase con ella respecto á su marido.

Ella prometia entonces volver mas á menudo, y hacia el eterno juramento de toda casada á su amante: «No tengo la mas mínima relacion con mi marido; vivimos en aposento separados, etc., etc.

El bello Lamí dignábase, al oir esto, apaciguarse, y continuaba tejiendo dias felices.

Pero, cuando el amor de Luciano menguó, cuando Diana comprendió su enfriamiento, disminuyó el número de sus visitas á la Sauviniere.

Pronto ya, solo las hizo, á su pesar casi, por temor á Lamí. Segun algunos opinarian, debiera haber sucedido lo contrario. Nosotros somos de otro parecer.

Diana debia encontrar cierto goce en infligir á su amante los sufrimientos que experimentaba, y sentir un secreto contento en hacerse dirigir por él los reproches que ella dirigia á Luciano.

Además, si bien el intendente podia apaciguar sus sentidos exaltados, no conseguia, sin embargo, calmar su doliente y lacerado corazon.

Irritábase al encontrar tanto ardor en el hombre á quien no amaba, y tan poco en el que amaba.

Las cualidades del uno parecian solo existir para acentuar

mas y mas los defectos del otro, y subrayarlos á los ojos de la principal interesada.

En una palabra, Lamí habia llegado á producir en ella el efecto que ella producía en Luciano; le conocía demasiado, leía en su corazón como en un libro abierto.

En la época á donde llega nuestra narración, Diana iba á la Sauviniere dos tres veces al mes, apenas.

En invierno, tomaba el tren de las nueve y treinta y cinco de la mañana, que la dejaba en Donges á eso de las once; atravesaba el Loire á bordo de un vaporcito, llamado *la Noyade* por los habitantes del país, y llegaba á Paimbœuf al medio día, para dirigirse enseguida á su propiedad en un cabriolé de alquiler, ó en un coche que Lamí le enviaba cuando estaba avisado.

Después de haber almorzado con él, y examinado sus cuentas á *tutti plen*, volvía á tomar, por lo regular, á las cuatro de la tarde, la misma ruta recorrida por la mañana; y llegaba á Nantes á la hora de comer.

En verano, prefería levantarse temprano y embarcarse á las siete en el vapor que baja el Loire y conduce directamente á Paimbœuf.

Á veces, hasta se dispensaba de ir hasta esta villa.

Lamí, á quien habia prevenido la víspera, acudía á esperarla en una lancha, á la hora en que el vapor cruzaba por delante de la Sauviniere.

Deteniase el vapor, saltaba Diana á la lancha y se encontraban en sus dominios á las diez, si la marea era favorable, á las once, si habia habido precisión de luchar contra las olas.

Un día del mes de mayo de 187... Diana habia partido en el vapor de la mañana, cuando Luciano, al leer su correspondencia, reconoció la letra de su suegro, que se encontraba á la sazón en París, y sobre cuya salud habia manifestado su mujer, la víspera, algunos temores.

«Mucho sentirá, pensó Luciano, el haberse ausentado! ¡es-

peraba esta carta con tal impaciencia! ¿se la envío á la Sauviniere? ¡creo que será lo mejor! ¿no me tiene dicho que, tomando el tren de las nueve y media, y el vaporcito de Donges, se llega á menudo á Paimbœuf antes que el vapor que sale de Nantes á las siete?

En tanto que se consultaba así, el sol, celado hasta entonces por la bruma tan frecuente en las riberas del Loire, brilló de repente, inundándole con sus tibios rayos.

«¡Hermoso día se prepara! continuó Luciano. ¡Si lo aprovechase para llevarle yo mismo esta carta! parece que estoy en el derecho de tomarme un día de licencia... Justamente hoy no tengo precisión de asistir á la Audiencia. Si llego demasiado tarde á Paimbœuf para encontrar á Diana ¿quién me impide ir á la Sauviniere? Tiempo sería de dar una ojeada á esa propiedad, pues los motivos que hasta ahora me han impedido visitarla, no existen ya. ¡Ea! añadió, apartando los legajos dispersos sobre su mesa, está decidido; voy á encontrar á mi mujer. Este ahínco en encontrarla me valdrá quizá un premio; ¡hace ya tanto tiempo que no he merecido ninguno!»

Llamó á su ayuda de cámara, vistióse y pudo llegar á la estación de la *Bourse* dos minutos antes de partir el tren.

Esta escapatoria, aquel magnífico día de primavera, la vista del espléndido panorama que se desarrollaba ante él, le habian en cierto modo, rejuvenecido, refocilado.

Solo en su compartimiento de primera, corría de una portezuela á otra para admirar, ora la campiña, ora el Loire bordado de embarcaciones.

Era aquella una verdadera alegría de niño, mas que natural en un hombre, que palidecía todo el año en su despacho, ó en el Tribunal, sentado en su sillón.

En Savenay, detúvose el tren algunos minutos para esperar al que llega de Redon y de Rennes, tomar los viajeros destina-

dos á Saint-Nazaire, y dejar á los que van á Vannes, á Lorient y á Brest.

Asomado á la portezuela, contemplaba Luciano maquinalmente la animacion que reinaba en el embarcadero de la estacion, cuando de improviso un grupo de tres personas llamó su atencion toda.

Componian dicho grupo una señora jóven, vestida de riguroso luto; una doncella, llevando en brazos á un niño; y un empleado del camino de hierro, portador de un saco de noche.

Acercábanse á toda prisa al compartimiento ocupado por Luciano, y éste, sin que aun pudiesen verle, les miraba con asombro.

—Tomad, señora, dijo el empleado, en este compartimiento ireis muy bien; está vacío.

—No tal, no está vacío, replicó la doncella. Hay un caballero.

La señora enlutada, al oír esta observacion, pareció querer dirigirse á otro wagon.

Mas Luciano, sacando completamente la cabeza, exclamó con conmovido acento:

—Podeis subir, señora, no os molestaré.

Al timbre de esta voz, reconociendo á d'Aubier, la viajera exhaló un grito y pareció que iba á encontrarse mal.

El empleado acudió afortunadamente á dar otro giro á esta escena.

—Vamos, señora, dijo, el tren va á partir; ya no teneis tiempo para elegir otro coche. No hay mas que subir á este.

Al mismo tiempo, abria la postezuela.

La señora vióse precisada á obedecer.

Esta, cuya llegada acababa de sorprender tan bruscamente á Luciano, y la que por su parte habia sentido una emocion tan viva, no era otra que María de Rioux.

Al entrar en el wagon, habia recobrado en parte su sereni-

dad y tomado valerosamente asiento frente al procurador imperial, para no dar á entender que le huía; pero, al mismo tiempo, habia tomado al niño de brazos de la doncella, colocándolo sobre sus rodillas, á fin de escudarse con él.

Contemplábanse silenciosos, á hurtadillas, cuando, al cabo de un rato, Luciano, para no prolongar la tirantez de la situacion, tomó la palabra.

—¿Llevais luto? preguntó.

—Sí, de mi marido, dijo ella en voz baja.

—¡Ah! lo ignoraba; dispensad.

Ella repuso, para no dejar decaer la conversacion, para decir algo, para conseguir dominar su emocion:

—Al casarnos, me habia prometido no viajar mas, establecerse en Saint-Nazaire y aceptar un empleo en el puerto; pero, parecia tan triste por no poder correr mas mares, dirigia miradas tan desoladas á los buques que se hacian á la vela, que acabé por consentir en un nuevo viaje, ¡Ah! mal inspirada estuve. Durante una furiosa tempestad en el golfo de Méjico, arrebatóle un golpe de mar del puente del navío, y el tiempo era tan malo, que la tripulacion no pudo acudir en su auxilio. Me ha dejado este niño, añadió enjugando una lágrima, y si me veis viajando con él, es porque acabamos de pasar unos cuantos dias en casa de su abuelo. Ahora nos volvemos á Saint-Nazaire; allí vivimos en una casita que Berthauld compró.

Mientras hablaba, contemplábala Luciano con recogimiento, y todo su pasado revivia en su corazon.

Volvia á verla, por el recuerdo, en el salon de su tío, inclinándose, por la noche, cuando él entraba, y ocultándose al momento, para disimular su rubor, tras de la labor de tapicería que tenia en la mano.

Recordaba los dulces coloquios antaño cambiados entre ellos, al abrigo del piano, mientras ella tocaba su waltz favorito y él volvia las hojas de la música.

¿No se había portado indignamente al romper de improviso sus visitas?

Si había cesado en ellas, fue cediendo á un sentimiento de delicadeza, cuando hubo vuelto á ver á la señora de Sery y resoldado la cadena de los recuerdos que le ligaban á ella.

Pero ¿no hubiera debido preguntarse si su inesperado abandono no iba á hacer sufrir cruelmente á aquella jóven, que le diera su corazón y que, mas delicada que él, no se lo tomaba?

Cierto es que él no había contraído con ella compromiso ninguno; cierto que no la había solicitado en matrimonio.

Empero, sus reiteradas visitas, sus atenciones, sus miradas, ¿no hubieran debido empeñarle tan formalmente, como una petición en toda regla?

Ella se había casado algun tiempo despues que él, por despecho quizá y tambien porque, huérfana, sin bienes de fortuna, necesitaba un protector, un apoyo en la vida.

Pero, ciertos chismes referidos á Luciano, la emocion de que ella no había sido dueña al volverle á ver, su actitud, su enternecido mirar, su voz semi-velada ¿no decian de sobras que le había amado, y que tal vez le amaba todavía?

Al par que abria su alma á estas ideas, al par que respiraba estos perfumes, admiraba Luciano aquel hechicero rostro, antaño desdeñado, aquellas grandes pestañas negras que parecian destinadas á velar la vivacidad de la mirada, aquella boca de niño, bermeja y pura, aquella piel algo morena, pero tan finísima, que se la veía, por así decirlo, estremecerse á todas las sensaciones, á todas las impresiones; admiraba aquel talle, al que ni el tiempo ni la maternidad habían mermado nada de su gracia y aquel busto, que parecia de una soltera, de una virgen.

—Ya hemos llegado, dijo ella de repente, despues de haber mirado por la portezuela.

—¿Dónde estamos? preguntó Luciano.

—En Saint-Nazaire.

—¿Cómo en Saint-Nazaire! estonces; he dejado pasar Donges

—Rato há. ¿Debias bajar allí?

—Iba á Paimbeuf, y debia pararme en Donges. Pero he olvidado...

Ella le interrumpió, diciéndole:

—Eso es fácil de reparar. Una vez entremos en la estacion, bajad del coche sin perder momento, atravesad el muelle en direccion *des Transatlantiques*, y haceos indicar el vapor que sale diariamente á las doce, para Nantes, tocando en Paimbeuf. Todo estriba en un retardo de una hora escasa, y si no teneis prisa...

—¡Oh! ninguna, replicó él con viveza.

En aquel momento, paró el tren, y como quisiera ayudar á bajar á la señora Berthauld:

—No os ocupeis de mí, díjole esta: Son las doce menos cuarto. Ved que no teneis tiempo que perder.

—¡Pues bien! ¿qué me importa?

Y viendo que ella había bajado ya del wagon, quiso por lo menos cuidarse del niño, y lo tomó en sus brazos.

Llegados ya fuera de la estacion:

—Ahora, adios, dijo ella, designándole un puente á la izquierda, ahí teneis vuestro camino.

—Adios, repitió él, despues de haber dado un beso al niño y sin atreverse á tender la mano á la madre, á quien se contentó con saludar.

Dió dos ó tres pasos alejándose, y de improviso volviéndose, se dirigió bruscamente hácia la señora Berthauld y le dijo con acento breve, conmovido:

—Nada me obliga á dirijirme hoy á Paimbeuf. Permitidme que os haga una visita, durante el dia, cuando hayais descansado un rato, y antes de mi regreso á Nantes.